

PUNZA POINSETT

Manuel GONZALEZ RAMIREZ

BIEN ESTÁ QUE los mexicanos nos preocupemos de los problemas que entraña nuestra vecindad con los Estados Unidos; y que lo hagamos en función del amor al país y en defensa de su integridad; pero mal está que, al abordar las delicadas materias de nuestras relaciones con los vecinos septentrionales, nos engañemos a nosotros mismos. Nos engañamos cuando los prejuicios partidaristas entran en juego para el sólo efecto de atacar a los enemigos de facción tomando el nombre de la patria, y elaborando tesis que tienen el propósito de ocultar los errores nuestros, y de descargar en los extraños culpas que exclusivamente deben quedar a nuestro cargo. Estados Unidos constituye un riesgo que debemos conocer en sus auténticas proporciones; por eso no podemos darnos el lujo de creer en unos Estados Unidos y en unos norteamericanos de mito y fábula, pues los peligros, mientras más graves son, mejor deben ser apreciados en su realidad; nunca a la manera de fantasmas, o de sombras que se mueven en el limbo.

Los tradicionalistas de México se han aficionado a tan deleznable sistema: en nombre de la raza, de la religión, de las costumbres, del idioma, han fabricado la leyenda de la traición y del entreguismo, constituidos en delitos de lesa nación. Los imputan, como para ellos es de rigor, a los liberales, a los revolucionarios, a los progresistas mexicanos. La indeclinable vecindad geográfica con los norteamericanos les sirve de telón de fondo. Una palabra cualquiera se convierte en sospecha, la sospecha se transforma en hecho, el hecho toma las proporciones del delito, y el delito acaba por ser el más grave de los ilícitos penales que entre nosotros pueden darse, tal el crimen de traición a la patria. Formar bolas de nieve es una práctica vieja de los tradicionalistas. Los que saben y manejan documentos de importancia, mutilan, ocultan, callan lo que no conviene a sus prejuicios; quienes no saben, repiten lo que leyeron u oyeron por otras partes, cubriendo su ignorancia con el uso de calificativos bizarros, pero muy efectivos, para

provocar en el ánimo de los lectores poco enterados el desprecio para quienes, en el lado mexicano de las desventajas, las desproporciones y la debilidad, tuvieron que resistir las acechanzas, ataques y ofensivas del imperialismo yanqui. Y a eso le llaman patriotismo. ¡Como si el patriotismo fuera cosa de tan irrisoria treta!

Abunda la literatura que en ese orden de ideas se escribe para deturparnos entre sí. Y aumenta su número cada día, pues es fácil adquirir prestigio intelectual con sólo repetir, como el eco, lo que otros dijeron. Si alguno de los santones del tradicionalismo sostuvo un juicio acerca de no importa qué capítulo de la historia nacional, los epígonos de nuevo cuño pueden ingresar al grupo de los inmortales al repetir la opinión de los prohombres, pero exornándola con dos o tres pinceladas que mucho visten y mucha categoría dan, entre los que condenan por sistema a los liberales y progresistas mexicanos. Tal ha acontecido con don José Fuentes Mares y con el libro que recientemente ha publicado.* Si su obra anterior acerca de la filosofía kantiana pasó poco menos que inadvertida, ésta de Poinsett fué presentada con carteles llamativos: "demoledora", "definitiva"; al grado que, lo aseguraron los editores, después de ella sólo el diluvio vendría, o dicho con otras palabras, nada tendría que agregarse a los estudios de la misión Poinsett, porque todo quedaba tratado por Fuentes Mares.

Mas he aquí que, bien visto, el libro de este autor no pasa de ser una reproducción de lo dicho por Lucas Alamán, a quien se parece, además, en la aptitud para enlodar la memoria de los insurgentes mexicanos. Las pinceladas flamantes están a cargo de los documentos que usó de los *Poinsett Papers* y los de las colecciones *Gilpin*, *Gratz*, *Dreer* y *Autograph Collection of the Poinsett Papers*.

Bien puede afirmarse que el de Fuentes Mares es un caso de erudición para causar vértigo a los que no perciben qué su actitud fundamental consistió en copiar a Alamán y, después, en aprovechar el adjetivo de "mercenario" a fin de fustigar a los federalistas, que durante el siglo pasado lucharon por constituir el poder civil mexicano. Precisamente el poder que

* José Fuentes Mares. *Poinsett. Historia de una gran intriga*. México: Editorial Jus, 1951.

fué blanco de las intrigas que urdieron para destruirlo los padres ideológicos del propio Fuentes Mares.

Detengámonos un poco más en este ejemplo del lugar común, aderezado con el barniz de la erudición. Haciendo caso omiso de los párrafos que revelan petulancia de psicólogo, o de la fantasía con que reviste a ciertos pasajes de nuestra historia (recurso éste que recuerda al puesto en boga por Ludwig), el autor nos coloca frente a un Poinsett con poderes tan extraordinarios como para dividir a los mexicanos; y, divididos ya, lanzar unos contra otros a la pugna en la que lo español fué desplazado. Se afirma que eso formaba parte del ardid para dividirnos, para debilitarnos, y para preparar la gran aventura que culminó en 1848, cuando perdimos los millones de kilómetros cuadrados que engrandecieron a Estados Unidos, y que les abrieron el camino hacia el Océano Pacífico.

No seré yo quien justifique la diplomacia y las argucias norteamericanas para arrancarnos territorios. Mi deseo se limita a señalar una realidad que se olvida y que pasa por alto el afán partidarista. A este efecto, procede repetir los conceptos de Alamán que han servido para crear el mito de Poinsett o, lo que es lo mismo, formar un ser fingido, propio para un consumo imaginado. En efecto, don Lucas Alamán escribió en su *Historia de México* el siguiente pasaje: "El nombramiento que el Gobierno de los Estados Unidos hizo para Ministro de aquella República en México en el señor R. Joel Poinsett fué causa o por lo menos ocasión del establecimiento de una nueva Masonería". Poco más adelante, agregó: "Apenas llegó con el carácter de ministro plenipotenciario, formó el plan de hacer desaparecer el carácter hasta cierto punto aristocrático que el gobierno había conservado, influyendo en él personas de antigua familia, el clero y el ejército, para sustituir en su lugar, no una democracia, imposible en un país en que el pueblo no toma parte en las cosas públicas, sino al aspirantismo desenfrenado de algunos individuos llenos de ambición y de menos respetables conexiones". Para aludir a la tremenda fuerza política de ese mito no sobra reproducir el siguiente pasaje, también de don Lucas Alamán: "Tres fueron, como hemos dicho repetidas veces, los puntos fundamentales del Plan de Iguala, que se llamaron las tres garantías: el gobierno monárquico, que puede considerarse como el cimien-

to en que descansaban los otros dos: la unión con los españoles y la conservación de la religión católica, apostólica, romana, con todos los privilegios de su culto y ministros. El primero sufrió una importante modificación respecto a la dinastía que había de ocupar el trono, con la elevación a él de Iturbide, y quedó del todo anonadado, con las declaraciones del Congreso sobre forma de gobierno. Réstanos ver el resultado de los principales sucesos que determinaron el despojo de los empleos y expulsión final de los españoles, y que abrieron camino a las medidas con que han sido fuertemente combatidos los principios religiosos”.

De ese mito no hizo otra cosa Fuentes Mares que parafrasear a Alamán, trayendo a cuenta documentos que interpretó a su designio y poniendo en prosa del siglo xx lo que desde la centuria anterior había quedado escrito. Tal, por ejemplo, esta muestra: “Por la estrecha puerta de la *tenida* secreta se inició la incursión Poinsettista en la política doméstica de México”.

Lo grave no es eso, sino que la versión tradicionalista de Poinsett hace perder de vista la auténtica trascendencia de las gestiones llevadas al cabo por el hugonote, y oculta verdaderos y fundamentales errores, cometidos a costa de México, así como oculta a los responsables de la bancarrota nacional acaecida en el xix; todo esto a cambio de prolongar, anacrónicamente, las rencillas de esa época, y de adulterar los hechos para atacar a los federalistas mexicanos sin razón y con injusticia notoria. El libro que comentamos confirma plenamente la observación. En primer lugar, Fuentes Mares escribió, con despreocupación que asombra, el siguiente párrafo: “A los mexicanos no nos importa el aspecto propiamente diplomático de la misión Poinsettista, y no tenemos inconveniente en reconocer que careció de todo relieve”. Por supuesto que la obnubilación que produce la tesis alamanista pudo dictar tan semejante desatino, pues ¿no es importante para nosotros conocer cómo Poinsett impidió que México y Colombia realizaran la Independencia de Cuba? ¿Cómo obliteró al Congreso de Panamá y a su sucedánea la Conferencia de Tacubaya? ¿Cómo intervino para consumar la separación centroamericana de México y cómo para provocar los recelos que ha alimentado Guatemala hacia nosotros? Nada menos que a las iniciales

manifestaciones del imperialismo yanqui proyectadas en México y en la América española, a través de Su Excelencia, el autor las estima carentes de relieve, y deja de estudiarlas, puesto que para Fuentes Mares lo importante es zaherir a los que no son sus amigos. Y defender a los de su bando.

Fuentes Mares se deleita con el caso de Lorenzo de Zavala. Son dignas de leerse las apreciaciones que a su refinada sensibilidad le produce la conducta del político yucateco, de quien podemos lamentar que si torció su destino, en cambio, tuvo el valor de arrostrar las consecuencias de la deslealtad a México. Zavala jugó a cartas vistas. No así el padre confesor de la hermana de Santa-Anna, don Ignacio Hernández, quien, en el secreto de los pasillos cortesanos, fué el intermediario (en nuestros días se llamaría "coyote"), en la proyectada venta de Texas, mediante el soborno que el caudillo Manga de Clavo estuvo dispuesto a recibir. ¿Dice algo al respecto el autor? No. ¿Puede pensarse que ignora la bochornosa transacción? Tampoco, por cuanto hace referencia a la misión Butler y aprovecha la correspondencia de este ministro estadounidense, en donde hay pruebas del cohecho aceptado por Santa-Anna. Fuentes Mares, sencillamente, recurrió a los archivos norteamericanos, no para buscar la verdad, sino para fortalecer los argumentos que favorecen a sus prejuicios.

En segundo lugar, el silencio es un buen aliado del autor, pues calla siempre lo que compromete a sus partidarios. Sos-tengo que todos los dislates de Lorenzo de Zavala resultan de menor trascendencia en el asunto texano, si se comparan con la concesión que España dió y, luego, el Emperador Iturbide ratificó, para que los colonos yanquis se introdujeran en Texas, pues equivalió a meter al enemigo en la propia casa. Por eso nos está permitido pensar que para el autor nada significa error tan grave, no obstante que debe ser considerado el punto de partida del desastre que habría de llegar en 1848. Tanto así que Poinsett lo supo apreciar con la sagacidad que acostumbraba, cuando vaticinó: "Con una población a la que difícilmente podrán gobernar [se refiere a los colonos norteamericanos de Texas], probablemente en un lapso breve los mexicanos no se encontrarán tan adversos, como están en estos momentos a desprenderse de esa porción de su territorio".

Tampoco dice que Alamán fué masón, ligado a H. G.

Ward, el ministro británico, que era asesor de las logias escocesas. No lo ignora, pues consultó las fuentes donde se encuentra la filiación masónica de Alamán, sino porque Fuentes Mares necesita disimular la pasión partidarista que animó al guanajuatense para crear el mito de Poinsett, y las relaciones que don Lucas tuvo con el imperialismo inglés. Ahora bien, teniendo en cuenta las circunstancias de la época, se explica que Alamán descargara su encono contra el hugonote. Corrían los tiempos que supieron del fracaso de las primeras inversiones mineras inglesas en nuestro país. El doctor Mora lo comenta de la siguiente manera: "Hemos visto, no obstante, que así se ha practicado invirtiendo sin necesidad y aún sin utilidad positiva sumas inmensas que se pueden tener por pérdidas en orden al laborío de las minas. Si a esto se agregan los cuantiosos sueldos que han asignado a sus agentes, y la creación de destinos no necesarios, tendremos un cuadro perfecto de los desaciertos y errores que han frustrado las lisonjeras esperanzas que se habían concebido de las empresas de minas".

Bien sabido es que Alamán y Ward fueron los activos instigadores, ante los inversionistas ingleses, para embarcarlos en la aventura de las minas mexicanas. Nadie ignora que ellos fueron los directores de los negocios emprendidos con las inversiones británicas. De ahí que, ante el fracaso a que alude Mora, necesitaran señalar a algún responsable de la situación a que los había conducido su propia torpeza. El culpable resultó Poinsett, según lo demuestran algunos párrafos del libro escrito por Ward para el consumo inglés y que lleva por título: *Mexico in 1827*. En tales párrafos Poinsett aparece como el enemigo, como la sombra perversa que persigue a Ward y que, ante todo, se esmeraba en combatir a la causa europea que el ministro inglés acaudillaba, claro está, que para beneficio exclusivo de la Gran Bretaña. Pues bien, de ese pleito de los competidores yanqui y británico, ha surgido uno de los pilotes que sostiene el mito poinsetista.

El otro soporte corresponde a la parte de Lucas Alamán. No era conveniente en el campo nacional que don Lucas atribuyera a Poinsett el fiasco minero y, en esas condiciones, la estocada debía tirarla a fondo imputando al norteamericano la causa de nuestros males políticos por haber organizado las logias yorquinas. Exacerbadas las pugnas entre escoceses y

yorquinos, aquél era un cargo espectacular, que suponía el encono de la lucha de facciones, a saber: las pugnas masónicas; las diferencias entre federalistas y centralistas o, si se prefiere, entre europeos y americanos; la batalla que libraban los partidarios de la independencia, y los instrumentos de que se valía, entre nosotros, Fernando VII para lograr la reconquista. La misma línea de escándalo han proseguido los sucesores de Alamán; el caso más reciente es el de don José Fuentes Mares.

Y, sin embargo, la causa de nuestros males políticos estaba, antes que en Poinsett, en las pretensiones reconquistadoras del Rey español. El mexicano de la centuria actual tiene conocimiento de que el riesgo que corrió el país, durante los primeros lustros de autonomía política, fué todavía mayor que el sabido apoyo prestado por la Santa Alianza a la causa de Fernando, así como el malogrado intento de Barradas para sojuzgarnos de nuevo. El mexicano de la actualidad conoce que el Borbón español supo arrastrar a su política al papa León XII y que, por medio de la Iglesia, se puso a combatir al débil poder civil mexicano, provocando la anarquía en nuestro medio, con el fin de que, comprendiendo el bien perdido de habernos separado de la Corona, a la Corona volviéramos arrepentidos. Esto es, se nos aplicó la política del orden bajo España, y el desorden fuera de España. Y tuvimos desorden, y fué con nosotros la anarquía, pues desde entonces el poder civil de México ha sufrido los embates que en su contra ha deseado desatar la potestad eclesiástica. Lo que no logró Fernando fué recuperar a la Nueva España, a cambio de dejarnos divididos secularmente en negocios tan importantes para la vida social como son las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

La Corona y la Iglesia sí podían dispensar bienes o males en el México católico de los primeros años de la Independencia; en ese mismo México, un protestante como Poinsett, por audaz, inteligente y realizador de las intrigas más extraordinarias que haya podido urdir, tenía un poder muy discutible para provocar la crisis que soportó la nación en tiempos tan aciagos. Tan es así que, cuando las Legislaturas de Xalapa y Tlalpan lo señalaron causante de nuestros males, no presentaron pruebas del cargo, y las razones que hicieron valer fueron demasiado ridículas para ser tenidas en cuen-

ta. No creo que Poinsett dejó de pescar en río revuelto, ni pretendo vestirlo con el albo ropaje de los ángeles; pero afirmo que ni todas las intrigas juntas de Poinsett produjeron tanto mal como el Breve *Etsi Iam Diu*, expedido por León XII, ordenando a los obispos de América que cooperaran en la aventura reconquistadora de Fernando VII. Ni nos causaron tanto perjuicio como las refinadas dilatorias con que la Santa Sede fué diluyendo las gestiones de nuestros diplomáticos, encaminadas a solicitar de ella el Patronato, o el Concordato, o, por último, el simple reconocimiento de nuestra independencia. ¡Había que dar tiempo a que Fernando hiciera lo suyo! Por lo demás, el reconocimiento de la independencia de México de parte del Vaticano no llegó hasta que, desaparecido Fernando VII, la Corona de España tuvo a bien reconocernos como nación independiente.

Tales hechos, de relevante importancia, no alcanzaron un lugar en el libro de Fuentes Mares, ni para bien ni para mal. Por el contrario, distorsionando la realidad, el autor nos hace creer que Europa fué el fantasma ideado por Poinsett y sus amigos mexicanos como pretexto para formar el partido americano que combatía a los europeos; pero el infundio es de tal manera grosero, que basta señalar la actividad reconquistadora de Fernando VII para reducirlo a las proporciones del pequeño recurso, a menos que ahora se nos salga con que Fernando y León XII no pasaron de ser otros fantasmas, que en nada influyeron en la situación del México de entonces. Fantasmas, claro está, creados por el hugonote y sus aliados los yorquinos mexicanos.

¿Qué objeto tenía ese partido americano? ¿Cuándo nació? ¿Quién le otorgó la vida? En Alamán, como en Fuentes Mares, suceden las cosas de manera simplista ya que, según ellos, el objeto del partido fué realizar el Plan Poinsett de destruir lo español, para dividirnos; dicen que nació cuando llegó Su Excelencia al país en calidad de diplomático acreditado; y que fué el Ministro norteamericano quien le dió existencia; pero Alamán y Fuentes Mares tuvieron por fuerza que olvidar los antecedentes de la pugna, y la situación creada por los inveterados resentimientos de mexicanos y españoles. Lo cierto es que, salvo el mismo día de la consumación de la independencia, secularmente estuvimos separados. Los desmanes de los

insurgentes de Hidalgo son prueba de esa profunda división; la implacable y cruenta acción de Calleja confirma el distanciamiento. Morelos, cuyo genio dió un claro contenido ideológico al movimiento insurgente, en los sentimientos de la Nación, redactados en Chilpancingo el 14 de septiembre de 1813, sostenía en el sentimiento número 9, que: "Los empleos los obtengan sólo los americanos"; y en el undécimo que: "La Patria no será del todo libre y nuestra mientras no se reforme el Gobierno, abatiendo al tiránico, sustituyendo al liberal y hechando [*sic*] de nuestro suelo el enemigo español que tanto se ha declarado contra esta Nación". Precisa recordar estos conceptos de Morelos para poner a descubierto la insignificancia de quienes atribuyen a Poinsett el papel de inspirador que dividió a españoles y mexicanos, aconsejó la expulsión de los europeos y, luego, cuando salió del país, unos y otros quedamos divididos, sin otra razón que la intriga de un protestante hecha en un país católico.

Por deplorables que ahora nos parezcan aquellos propósitos, fueron, sin embargo, los que imponían las circunstancias. El bando americano se formó desde entonces, pues respondía a la rebelión de las castas, mestizos y criollos, contra los irritantes privilegios de los peninsulares. Es verdad que Calleja logró dominar a la insurgencia primitiva, pero no la destruyó por completo. Esta tuvo años de actividad precaria, que hizo posible su renacimiento cuando, andando los años, fué necesario darle el auténtico contenido a la independencia, el de modificar profundamente al régimen colonial, con tanto mayor razón cuanto que los españoles europeos, en el orden interno, seguían usufructuando los mejores empleos, y en el exterior, o eran instrumentos, o virtual apoyo de la reconquista. Por eso la expulsión de los españoles debe comprenderse como un capítulo de la pugna por defender la independencia contra las acechanzas de Fernando VII; como consecuencia de la lucha entre europeos y nativos, iniciada desde 1810, debe tenerse la creación del partido americano. Puesto que se formó para batallar contra poderosísimos intereses, tuvo altas y bajas, momentos de plenitud e instantes de lánguida existencia: nunca tuvo reposo, ni vida placentera. Poinsett pudo presenciar cómo ese partido aumentaba sus afiliados; cómo adquiriría la responsabilidad de consolidar la independencia, frente

a las maniobras de la Corona española para volver a sojuzgarnos; pero Poinsett no podía ser el creador del partido, por la sencilla razón de que ya existía antes de llegar a estas latitudes, como manifestación antagónica al régimen español y a lo que éste significaba. Si en la correspondencia del Ministro yanqui aparecen alusiones a la formación del partido americano, que en cierto modo se atribuye, no pasa de ser jactancia tan común en Poinsett, egocéntrico, vanidoso. Lo censurable, de los mexicanos que aceptan literalmente el dicho, es que olvidan los once años de guerra entre insurgentes y realistas, movimiento dentro del cual quedaron planteados casi todos los problemas que iban a preocupar a los políticos del México independiente. Los Sentimientos de la Nación expresados por Morelos revelan que ya existía un partido americano, con ideología americana, antiespañol, antimonárquico; que quería para los americanos los puestos públicos y que abogaba porque los españoles fueran expulsados del país. Morelos, que era un genio, no vaciló en prever el precio que íbamos a pagar para alcanzar la independencia política: el tiempo transcurrido, la sangre derramada y los sacrificios soportados le dieron completa razón, aun por encima de los buenos deseos que se expresaron en 1821.

Quien lea la obra de Fuentes Mares advertirá ese olvido y, por eso, el afán de aceptar lo que dice Poinsett, sin sujetarlo al tamiz de la comprobación histórica. Mas no se trate de enlodar la memoria de los insurgentes, porque entonces hasta lo que no dijo el yanqui lo adereza el autor para seguir (también en esto) la vieja escuela alamanista de deturpar a quienes se rebelaron contra España para crear la nación mexicana. En efecto, al modo de un oficiante que, exhausto y cansado llega a la terminación del ritual, así, el escritor redactó el capítulo xi de su libro. A los archivos carga la razón de convertirse en enterrador del héroe. "¡Pobre Guerrero!", exclama Fuentes Mares en tono de lamentación fingida. Fingida sí, pues, antes ha deslizado el concepto que le debe el personaje: "Claro que con este inmoderado afán de Guerrero por arrojarse a los pies y besar la mano de cuantos podían despertar su amor..." Un concepto expresado en el siglo xx y que mucho recuerda al que, para explicar el fracaso de Tulancingo,

José Antonio Facio (el mismo que andando el tiempo junto con Alamán y Anastasio Bustamante iba a ser de los autores intelectuales del asesinato felón de Vicente Guerrero) dijera en la centuria anterior. En efecto, la soberbia de Facio se manifestó así: “Menos honrado y avezado a los viles manejos y perjurio de los esclavos, Guerrero aprovechó la confianza de su generoso enemigo [Bravo], y cayó de improviso sobre sus tropas, convirtiendo en degüello la sorpresa”. Parece que a Guerrero no se le puede perdonar su origen humilde.

Lo cierto es que el siguiente párrafo, de una carta dirigida por Su Excelencia, el 22 de febrero de 1828, a Johnson, es aprovechado por Fuentes Mares en forma que no vacilo en calificar de aviesa. Dice así el párrafo: “El General Guerrero, que será el próximo presidente, si vive, me ha hecho gran oferta, pero yo no renunciaría a mi país para ser Emperador de México”. Si esta locución se presenta arrancada de los otros períodos de la carta (tal y como lo hace Fuentes Mares en el capítulo xi), de primera intención, parece decir que Guerrero ofreció a Poinsett ser Emperador de México; pero una lectura más atenta lleva a la conclusión de que no dice lo que se supone de primera intención o, por lo menos, que la noticia del ofrecimiento de Guerrero no aparece claramente redactada en el sentido que lo insinúa Fuentes Mares, esto es, que a Poinsett se le pidió que fuera Emperador de México. Tan es así, que el capítulo xi está redactado con trucos que preparan al lector a la manera de los fotomontajes. De ese mismo modo, Fuentes Mares escogió las noticias de la amistad entre Guerrero y Poinsett; diferentes informes del Ministro al Secretario de Estado; cartas de Zavala, el párrafo trunco de una carta escrita por un ignorado individuo, de nombre Bork, así como la devoción que manifestó Guerrero a Iturbide, cuando éste ascendió al trono imperial; todo, para el efecto de dejar en el ánimo del lector la convicción de que Guerrero ofreció al yanqui que fuera Emperador de México. No pudo afirmar expresamente el autor ese ofrecimiento, porque sabía que no era posible fundarlo en la carta en cuestión, y, entonces, hizo surgir el lamento con el cual se duele fingidamente: “¡Terribles palabras! tan duras, que, por sí solas, cavan la tumba de un héroe”, dice al rematar la faena.

Pero, además, el texto completo de la carta en cuestión demuestra la impostura.* Haciendo caso omiso de las jactancias de Poinsett, se llega al conocimiento de que el yanqui tiene por concluida su misión en México, y sobre todo que está cansado de tratar con los mexicanos. Prevé, y se duele, que el gobierno de Estados Unidos no aproveche su experiencia al retornar a su patria. Dice que no desea permanecer más en México, pese a los ruegos de sus amigos que estimaban necesaria su presencia entre nosotros. Y es aquí donde llega el párrafo maliciosamente aprovechado por Fuentes Mares que, unido ya a todo el texto, debe interpretarse solamente en este sentido: "Así me ofrecieran ser Emperador de México, no podría renunciar a mi patria". La nostalgia por su país lo estaba venciendo, y eso es lo único que prueba el famoso documento que en el libro del autor aparece marcado con el número 15. Precisamente, porque lo prueba, es por lo que Fuentes Mares tuvo necesidad de adoptar signos ortográficos que no corresponden al texto original, pero que sirvieron a sus designios de alterar la verdad.

* Como apéndice a este artículo se publican el texto inglés del documento, marcado en el libro de Fuentes Mares con el número 15, y su traducción española. Ese texto fué tomado de la copia fotostática que el autor publicó, a su vez, como apéndice de su libro. La imperfecta impresión hace muy difícil la lectura, de tal manera que es necesario poner en tipos de imprenta el fundamento de la injusta acusación del señor Fuentes Mares.

APÉNDICES

Doc. nº 15. México, 22 feb. 1828.

Dear Jos.—I have at length concluded my treaties in the terms we wished, and by this opportunity they go to Washington. I have had such hard reform of patience in this country that I think myself qualified for a married man. As soon as I have disposed of the Panama or Tacubaya business, I shall return for I am tired to death and sincerely hope to have no more to do with Mexicans or their descendents. I have however been surprisingly successful here and shall have a strong American party and an American feeling where I found European Partialities and monarchical principles.

I have no doubt that so soon as I leave the Country, the struggle between the parties will recommence because the vanquished monarchists consider my presence as the only obstacle to their success; but I believe public opinion to be so well set in favor of the existing institutions, that they must finally and forever prevail.

And now, what am I to do at home? I have led such a busy active life and been in such high excitement for the last two years, that I shall stagnate if I have nothing to do. Drayton will continue to represent our city. Indeed I will not oppose him. On Government, I never shall count they may employ me; but I shall neither solicit nor expect it.

Think of this for me. You are my only counsellor. I cannot bear the idea of passing the rest of my days in compensative idleness, after having laid up a stake, which indeed renders me useful to my Country if brought into action on, This "entre nous".*

* En la página 235 del libro de Fuentes Mares este párrafo aparece traducido por el autor en los siguientes términos: "Esto *entre nous*: aquí no estaré mucho tiempo más, aunque mis amigos me ruegan que me quede, por estimar mi presencia necesaria. El general Guerrero, que si vive será el próximo Presidente, me ha hecho grandes ofrecimientos, pero yo no renunciaría a mi país para convertirme en Emperador de México". La famosa coma de los *Intereses Creados* de Jacinto Benavente está aquí, transformada, en el signo de los dos puntos, para hacer aparecer la carta como reveladora del secreto que ponía a los pies de Poinsett el Imperio de México. Nada más incorrecto que el uso de esos dos puntos en el texto español, ya que en el inglés se limita al solo punto que da fin al párrafo. Y, por otra parte, lo que Poinsett quiso decir con la locución francesa *entre nous* fué que Johnson le guardara la confidencia acerca de que preveía que su Gobierno, al retornar a los Estados Unidos, no aprovecharía sus servicios, aprovechamiento que esperaba no solicitar del gobierno norteamericano el propio Poinsett, según lo anunciaba en forma orgullosa.

Here I will not stay much longer, altho my friends urge me very much to do so, as they are pleased to regard my presence as necessary. General Guerrero, who will be the next President, if he lives, has made me great offer, but I would not renounce my Country to be Emperor of Mexico.

I send you a copy of the Constitution of the Mexican U. S. for Mr. Grinham. I beg you thank him for the pamphlets he was so good as to send me. Remember me affectionately to all the family and believe me ever and truly yours.

J. R. POINSETT

Documento número 15. Traducción.

México, 22 de febrero de 1828.

Mi querido Johnson: Por fin he concluido mis tratados en los términos que los desedábamos, y en esta oportunidad, se van a Washington. He sufrido tan dura reforma en la paciencia en este país, que pienso que ya doy la medida para hombre casado. Tan pronto como haya dado término al asunto Panamá o Tacubaya, regresaré, pues me siento cansado a muerte y sinceramente espero no tener más que ver con mexicanos ni con sus descendientes. Con todo, mi éxito ha sido sorprendente aquí, y tendré un fuerte partido americano y un sentir americano, donde me encontré con parcialidades europeas y con principios monárquicos.

No cabe duda de que tan pronto como yo abandone el país, la lucha entre los partidos comenzará de nuevo, porque los monarquistas vencidos consideran mi presencia como el único obstáculo para su éxito; pero yo creo que ya la opinión pública está tan bien cimentada en favor de las instituciones existentes, que éstas están llamadas a prevalecer finalmente y para siempre.

Y ahora, ¿qué es lo que voy a hacer en casa? He llevado una vida tan ocupada y activa y he vivido en un estado tal de gran excitación durante los dos últimos años, que me sentiré estancado si no tuviera nada que hacer. Drayton continuará representando a nuestra ciudadanía. Ciertamente que yo no le presentaré oposición alguna. Sobre el Gobierno, yo jamás contaré con que puedan emplearme; pero por mi parte, ni lo solicitaré ni lo esperaré.

Piense usted en esto por mi. Usted es mi único consejero. Yo no puedo tolerar la idea de pasar el resto de mis días en una inacción compensativa, después de haber formado un conjunto de conocimientos, experiencia, métodos de acción y demás, que me capacitan para ser útil a mi país si se continúan poniéndose en acción. Esto "entre nosotros".

Aquí yo no permaneceré mucho tiempo, aun cuando mis amigos me insisten mucho en que lo haga, pues ellos tienen a bien considerar mi presencia como necesaria. El General Guerrero, que será el próximo presidente, si vive, me ha hecho gran oferta, pero yo no renunciaría a mi país para ser Emperador de México.

Envío a usted un ejemplar de la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos para el señor Grinham. Le ruego que le dé las gracias en mi nombre por los folletos que ha tenido la bondad de enviarme. Dé mis recuerdos afectuosos a toda la familia y créame usted, como siempre, su sincero amigo.

J. R. POINSETT